

EL SEPULCRO DE PETRARCA.

EN el pueblecillo de Arquá, á nueve millas de Pádua, y en uno de los pintorescos y agrestes valles que atraviesan los Alpes, se encuentra el modesto y sencillo sepulcro del Petrarca, donde descansan sus cenizas, no lejos de la última casa en que vivió, y cuyas poéticas ruinas se complacen todavía en visitar los viajeros. Lord Byron, antes de dejar á Italia para ir á morir en Grecia, se despidió tiernamente de la tumba y la casa que habitó el amante de Laura.

Petrarca tenia diez y siete años cuando murió el Dante, de forma que los dos grandes poetas que precedieron de mas de un siglo á los poetas modernos, verdaderamente dignos de este título, fueron contemporáneos. La vida del Petrarca, mucho menos conocida que sus obras, es una novela, ó por mejor decir, su vida presenta mas interés, que el que se encuentra por lo comun en sus obras, hijas del capricho, de la imaginación y algunas veces del genio. Su padre, afiliado en la facción de los gibelinos, se habia visto obligado á espatriarse de Florencia. Designábanse con el nombre de guelfos los que combatian por el engrandecimiento del poder temporal de los papas, y con el de gibelinos los partidarios armados del poder imperial.

La familia de Petrarca era de las antiguas de Florencia, y gozaba, hacia mucho tiempo, de gran reputación de honor y probidad: su padre se llamaba Pedro, y le dieron el sobrenombre de *Petracco* ó *Petraccolo*, porque era de pequenísima estatura, y este sobrenombre, sufriendo una nueva modificación, llegó á ser el nombre del poeta, Francisco de Petracco, y despues de Petrarca.

Nació éste en Arezzo, patria de los dos Aretinos, y aun no habia cumplido diez años, cuando el papa Clemente V resolvió fijar su residencia en Aviñón. Su padre, desterrado entonces, corrió la misma suerte que gran número de sus compatriotas que se refugiaron en Francia, y se retiró á Carpentras, donde Petrarca encontró á Convennevole, que era el primer maestro que habia tenido en Italia. En su infancia fue, pues, cuando vió por primera vez la fuente de Vaucluse, que tan célebre han hecho despues sus cantos, y donde la vista de aquel solitario sitio lo llenó de un entusiasmo superior á su edad, y dejó una impresion indeleble en aquella alma apasionada y sensible antes de tiempo.

El primer cuidado del que lee un historiador debe ser averiguar si el autor cree la verdad de lo que refiere, y en las obras de un poeta apasionado debe tambien buscarse la pasión, y ver si experimenta las sensaciones que manifiesta, si sufre con sus penas, y si se alegra con su dicha. Las poesías de Petrarca satisfacen completamente en esta parte: se ama y se padece con él, y no únicamente con la idealidad, que los poetas llamaban en otro tiempo su musa.

Laura, cuyo nombre es tan inseparable del de Petrarca, como el de Eloisa de Abelardo, se habia casado, antes de conocer á aquel, con Hugo de Sades, patricio, originario de Aviñón, pero poco amable y de carácter descontentadizo y celoso. Tenia ella veinte años, y Petrarca veinticuatro, cuando se vieron por primera vez en la iglesia de Santa Clara de Aviñón, y puede asegurarse que su mútua inclinación, puramente intelectual, conservó siempre algo de la santidad del sitio en que se habian encontrado. Laura era tan virtuosa como bella,

y su primera mirada decidió el destino de Petrarca: éste la amó como se ama á la divinidad, sin que ninguna esperanza culpable entrara jamás en su corazón; y por mas que haya encontrado muchos incrédulos el platonismo de esta pasión, tal vez sin ejemplo, es forzoso, no obstante, rendir homenaje á la verdad; su duración sola bastaria para demostrar su carácter. Ni el tiempo, ni la edad, ni la misma muerte pudieron extinguir un sentimiento tan vivo y tan puro; sin que por esto se crea que Laura no amó á Petrarca, sino que le amó como fue amada.

La íntima amistad de Petrarca con el rey de Nápoles, Roberto, ocupa tambien un lugar bastante grande en la vida del poeta, pues á este príncipe, amigo y cultivador de las letras, quiso deber los honores del capitolio, no creyéndose digno de ellos sin la aprobacion de su real amigo. Pero la patria de Laura era la suya, y solo se alejaba de ella para recoger coronas que poderle ofrecer; sin embargo, en Parma, ó al menos en una casita en las inmediaciones de esta ciudad, fue donde concluyó su poema del *Africa*, dedicado al rey Roberto.

Treinta y siete años tenia Petrarca cuando fue llamado á Roma para recibir la corona de los poetas y el triunfo del capitolio, y al mismo tiempo que recibió esta noticia le llegó una carta del canciller de la universidad de París, anunciándole que se le reservaban los mismos honores en la capital de Francia. Esta era la vez primera que aquella universidad concedia semejante distincion; mas urgiendo el tiempo y viéndose precisado á escoger, prefirió Petrarca colocar su nombre al lado de los de dos poetas coronados ya en Roma, á verse inscrito el primero en las tablas universitarias de París.

La corte de Roma continuaba en aquel tiempo en Aviñon, y un canciller de Francia, Pedro Roger, acababa de subir al solio pontificio bajo el nombre de Clemente VI. No trataremos ahora de averiguar si la corte del nuevo pontífice fue, como lo han pretendido varios autores contemporáneos, poco ejemplar; pero es lo cierto que Clemente VI amó y protegió las letras, como lo hizo despues Leon X. Petrarca tuvo, pues, el encargo de arengar al nuevo papa, quien muy luego lo colmó de favores; y éstos, tal vez, ó la gloria que habia adquirido, hubieron de lisongear, sin duda, la orgullosa debilidad del corazón de Laura; porque ello es, que solo desde esta época, es decir, diez y seis años despues de su primera entrevista, fue cuando dejó ella de evitar la presencia de Petrarca, y éste en adelante ya ni buscó ni vió mas que á ella en el mundo, y en las sociedades en que diariamente se encontraban.

El amor indudablemente habia absorbido toda la constancia del alma de Petrarca; así al menos es preciso creerlo al considerar, que no ha habido hombre ninguno mas aquejado por la continua necesidad de mudar de lugar; pero á todas partes llevaba consigo la memoria y la imágen de Laura. La historia de las relaciones que quiso entablar con aquel famoso Rienzi, que creyó posible restablecer la república romana, es una anécdota muy curiosa de su vida. Ambos habian estado empleados en una misma embajada, mas hacia mucho tiempo que se habian perdido de vista, cuando la noticia de la empresa de Rienzi llegó á oídos de Petrarca. Este tomó al momento con el mayor calor la defensa de su antiguo amigo con el papa, y escribió al nuevo tribuno una carta muy notable por su elocuencia, que se ha conservado; abandonó de nuevo su parnaso de Vacluse, su Laura y la amistad del cardenal Colonna, que tambien forma época en su vida, y volvió á andar errante por muchos pueblos de Italia, mas

no llegó á ir á Roma, porque supo en el camino las locuras y furores de Rienzi.

Petrarca, por último, teólogo tan profundo como poeta inspirado, abandonó el mundo á la muerte de Laura, y se consagró desde entonces á la vida monástica, habiendo sido sucesivamente arcediano de la iglesia de Parma, y canónigo de Pádua, donde fijó su residencia, ó por mejor decir, en Arqua, como al principio dijimos. Allí vivió todavía mucho tiempo en la soledad, y fue encontrado muerto en su biblioteca el día mismo en que cumplía setenta años. Al márgen de un manuscrito de Virgilio, que hacia todas sus delicias, se descubrió una nota escrita de su puño, que decía así:

«Laura, tan eminentemente virtuosa, á quien con tanta frecuencia he celebrado en mis versos, se presentó á mi vista por primera vez el 6 de Abril, en Aviñon, en la iglesia de Santa Clara. Era yo entonces jóven. En aquella misma ciudad, en el mismo día y á la misma hora del año 1348 dejó de brillar en el mundo la estrella de Laura. Entonces me hallaba en Verona ignorando mi funesta suerte. Aquella muger tan hermosa y tan casta fue sepultada el mismo día, despues de vísperas, en la iglesia de los franciscanos de Aviñon. Ha vuelto á subir al cielo que se la habia prestado á la tierra. Para no perder el melancólico recuerdo de tan dolorosa pérdida, la he consignado en este libro con un placer mezclado de amargura. La muerte de Laura me asegura que no me queda mucho tiempo que vivir, y roto ya el lazo de mi vida, espero, con la ayuda de Dios, poder renunciar sin trabajo á un mundo, donde he encontrado tantas decepciones, donde son tan vanas y perecederas las esperanzas.» — C.

LORD BYRON.

¡Cómo encontrar consuelo sin la cruz!

O. P.

DÓNDE está el cantor sublime de *Child-Harold*? esclama. Châteaubriand; ¿dónde el delicado pincel que delineó los rasgos de la Alemania y de la Italia? Y en tanto, el noble lord habia escogido el convento de San Francisco de Atenas para su domicilio, donde invocaba la memoria de las generaciones estinguidas, lamentándose por la suerte de los hijos de la Grecia.

El ministerio, la edad y la dulzura de fray Pablo de Ibreé, le habian granjeado el afecto del lord, que por lo comun enigmático en todas sus relaciones sociales, se entregaba allí á los caprichos y rarezas de su carácter. Cuanto tiene relacion con este singular personage, escita sin duda un interés. Oigamos, pues, á Mr. Lauvergne en su viaje á la Grecia.

«Sobre los escombros mismos de Scio, ciudad antes tan opulenta y célebre, conocí al apreciable fray Pablo de Ibreé, gefe de las misiones de Levante, que habia dejado los muros de Atenas, y refugiándose en la casa consular de la isla en 1825, huyendo de los árabes de Mehemet y de Ibrahim. Byron habia sido su huésped en el convento de los franciscanos, y conservaba de él la mas tierna memoria. Hé aquí alguna de las conversaciones del misterioso poeta, y que me refirió el superior.

«Byron vivía en la ciudad de Atenas, cuyos monumentos había recorrido muchas veces. La saciedad que nacía en él de todo lo que le afectaba demasiado, se apoderó bien pronto de su corazón, y desde entonces quedó más taciturno y melancólico que nunca. En uno de estos días de profunda tristeza, vino al convento y manifestó deseo de hablarme. Condujosele inmediatamente á mi celda, y puedo asegurar que su vista me impuso una piedad mezclada de terror. Recordé involuntariamente las últimas palabras de una conversacion que habíamos tenido, y que terminó diciéndome: Vos no podeis convencerme; yo permanezco ateo.

«Luego que ví al lord me levanté, él corrió hácia mí, y con el tono de la mas viva terneza me suplicó le permitiese habitar una de nuestras celdas, comer con nosotros, y arrancar por este medio el enojo que emponzoñaba los pocos días que le quedaban de vida. Me apretaba las manos diciéndome su padre; sus cabellos descompuestos, el sudor que cubría su frente, lo pálido de su fisonomía, y su mirar incierto y alligido, parecían decir: tened piedad de mí.

«Se convino, pues, en que viviera en el convento; pero esta respuesta le causó poco efecto: una memoria dolorosa le dominaba enteramente. A pesar de conocer yo por experiencia cuán poco le consolaban las palabras, me atreví á preguntarle la causa de su tristeza.

«Padre mio, me dijo, todos vuestros días se parecen; siempre son tranquilos y pacíficos, y yo no cesaré de viajar.

—¿No teneis una patria? Si el sentimiento de estar ausente causa vuestras penas, su término se halla en las manos: salid de Atenas; mis oraciones y mis votos os seguirán á Inglaterra....

—No me habéis de Inglaterra: á Inglaterra jamás. Preferiría arrastrar la cadena de la servidumbre en las arenas de la Libia, á ver de nuevo los lugares impresos con la maldicion de mis memorias. La injusticia de los hombres me ha hecho odiosa la Inglaterra, y entre ella y yo ha puesto un mundo de separación. No me habéis de Inglaterra.

—Mi deseo no es penetrar el secreto que os aleja para siempre de vuestra patria, hallándoos decidido á no verla jamás; pero creedme, hijo mio, dejad, ó mas bien olvidad vuestras reflexiones metafísicas, y haced el uso que conviene de vuestra razon ilustrada, para no ser desgraciado: conoced, como lo conoce todo sér racional, que Dios ha criado al hombre para su felicidad, y que la inteligencia con que le ha dotado, es el instrumento de que debe servirse para encontrarla. ¿Puede haber falta en el Criador, si los hombres extraviados por falsas doctrinas desconocen el objeto de la creacion, aplicando sus pensamientos á la averiguacion de misterios para los cuales Dios no habia predestinado su inteligencia? ¿Pensais, acaso, que la paz del corazón y la salud del cuerpo, pueden ser el premio de aquel cuya vida está perpétuamente en contradicción con la del comun de los hombres? Dudando del infinito poder y sabiduría de Dios, única base de la felicidad, se desnaturaliza la razon; y el hombre inscrito en la lista de los ateos, debe ser precisamente desgraciado.

—¡Ateo! ¡ateo!... ¿y á esto se reducen vuestros consuelos?... ¡Y de este modo acogeis al que llamáis vuestro hijo! Queriendo convencerle, ¿le decís que ya para él no hay felicidad? Sabed, pues, que aunque ministro de Dios, y que leéis el corazón de los hombres, es superior á vuestras facultades recono-

cer á un ateo, por mas que el mismo os haga la confesion hipócrita de serlo. No, no es posible que se encuentre un ateo en toda la estension de la palabra; admitir su existencia es ultrajar al Soberano de los mundos, que en la perfeccion de su mas grande obra, no ha olvidado grabar el nombre de su inmortal autor. Las pasiones, que trasportan las almas fuera de sí mismas, pueden por un momento suscitar dudas; pero cuando en el fondo de su conciencia el ateo se pregunta sinceramente, la evidencia de un Dios confunde su incredulidad, y la verdad del sentimiento que llena su alma, le absuelve á sus ojos del crimen de afeísmo. ¡Ah! os es muy fácil á vos, padre mio, no murmurar jamás contra el Autor de vuestro sér, á vos que en la dulce quietud de una vida exenta de tempestades, habeis adquirido la tranquila conviccion de que todos los soles de vuestra ancianidad os presentarán á los ojos las mismas escenas; pero yo ¡ay! arrojado sobre la tierra como un niño huérfano, creado como todos los hombres para sentir la felicidad sin deber jamás encontrarla, voy errante de clima en clima alimentando en mi alma los gérmenes de un infortunio eterno. ¡Terrible padecer! Despues que la razon ha desarrollado en mí el sentimiento de mis miserias, nada ha podido aun templar la amargura de la desgracia. Alimentado con el odio de los hombres; vendido por aquellos mismos cuya dulzura comparaba yo á la de los ángeles; atacado de un mal incurable que ha quitado la vida á toda mi familia, decidme, ¡hombre de la verdad! ¿puede alguna murmuracion, escapada por efecto de desesperacion, caracterizar un ateo, y atraer sobre él la cólera del cielo? ¡Oh, desgraciado Byron, si despues de tantas pruebas mortales, te se arrebatara tu última esperanza de salud!...

«Aquí la voz del lord espiró. Una idea le acometió de repente, y era relativa al estado de su salud, del que desesperaba despues que su naturaleza habia adquirido robustéz. Tenia observado que todos los de su familia, llegados á la época de la vida en que las formas humanas son la señal de una mas activa nutricion, morian de apoplejía; y este fatal oráculo, emanado de su dolorido pensamiento, le agitaba y atormentaba sin cesar.

«Los frecuentes egercicios á que se entregaba con furor, no tenian otro objeto que el de gastar un exceso de salud, cuyo espectáculo incómodo espantaba su fogosa imaginacion. Los galopes y escapes á caballo, el nadar, las carreras á pie, ocupaban todas sus horas; mas en vano buscaba medios para destruir su buena constitucion. Viendo cuán inútiles le eran todos estos esfuerzos, adoptó el método del vinagre, bebiendo dosis espantosas.

«Cerca de un cuarto de hora duró el profundo silencio de Byron; mas levantándose repentinamente de su silla, recorrió mi celda, y se detuvo delante de algunas imágenes que la adornaban. Un instante despues vino, y —¿Os acordais, dijo, que me habeis prometido hace un mes, que me dariais cierta cosa que poseeis?

—Yo poseo muy poco, noble lord; sin embargo, si soy tan feliz que tenga en mi poder alguna cosa que me asegure un lugar en vuestra memoria, hablad, y....

—Nada podeis rehusarme despues de tan espresiva respuesta.

«Y descolgando un hermoso Crucifijo, que yo habia traído de Roma, lo puso en mis manos. Yo se lo ofrecí, diciéndole: *Ved aquí el consuelo de los desgraciados.*

«El lo tomó con entusiasmo, y besándole muchas veces, añadió derra-

mando un torrente de lágrimas: ¡Ah! Mis manos no le profanarán largo tiempo; mi cariñosa madre va á ser pronto la depositaria de vuestra preciosa memoria." — *J. O.*

ROMANCE.

Al fin de lluvioso invierno,
De entre sombrío zarzal
En árida roca y triste
Nace rojo tulipan,
Orgullosa en su corola
Ostenta (del oro á par)
De purísimo rocío
Una gota virginal.
Al blando halago del aura
Parece que á ceder va;
Y es que busca, en torno suyo,
Dónde el alma dilatar.
En las descarnadas crestas
Ve, melancólico asaz,
Al rudo y añoso roble;
Y por el cielo cruzar

(Que nebuloso le cubre)
Aves de agüero fatal.
No mas el eco repite
Que su funesto graznar;
Ni mas un arroyo copia
Que aridez y soledad.
Entonce, en hondo murmurio,
El misero tulipan
Esclamó: «¿De qué me sirven
Mi lozanía y beldad?
Do todo es horror y espanto
La hermosura está de mas."
Dijo; y la cerviz altiva
Dobló con ansia mortal;
Y los cielos le miraron
Callado y mustio espirar.

Aureliano Fernandez Guerra.

SONETOS.

Gala ayer de los campos, su follage
El árbol por los aires estendia,
La luz robando al luminar del día,
Sin recibir del huracan ultrage.

Ayer el ruiseñor en su ramage
Derramaba torrentes de armonía,
Y el claro arroyo que á su pie corria
Daba á su régia pompa vasallage.

Pero turbóse el cielo, y al rugido
Del Noto audaz, (como la débil caña
Se abate al Aquilon), de su grandeza
Cayó el hermoso imperio derruido.

Tal de calumnia vil el sople empañó
De la lumbre del alma la pureza.

¿No ves cuál en el campo la azucena
Se alza gentil, sus dulcizados olores,
Dando á los cefirillos voladores,
De inmaculado albor, de encantos llena?

¿Ves cuál reluce la menuda arena
Del rey del firmamento á los fulgores,
Mil astros imitando brilladores
Junto al raudal de la campiña amena?

Pues ni el aroma de la flor preciado,
Ni el risueño pradal vírgen de abrojos,
Ni la arenosa márgen que fulgura,

Ni cuanto encierra el orbe dilatado
Puede valer lo que tus claros ojos,
Lo que el rayo menor de tu hermosura.

Manuel Cañete.

UN MISTERIO *.

Como compensacion de los placeres de que se privaba, habia visto resplandecer su fortuna con imprevisto brillo: favorito de su principal Mr. Bonami, que sabiendo las intenciones de la señora Prudencia, veia un sucesor, ó mas bien, un buen comprador futuro de su oficio de notario en el sobrino de la florista, acababa de ascenderlo al eminente rango de oficial segundo, y de un día á otro debia ocupar el importante puesto de primero con gran edificacion del oficio y

* Véase la Revista anterior.

del tribunal de los escribientes. Envanecido con su ascenso, confiando en el brillante porvenir que le aguardaba, y poseído de viva inquietud con las confianzas de Victoria, se armó de resolución, y fue á anunciar á su tia su decidido proyecto de pedir la mano de la hija de su noble vecina.

—¿Y piensas en tal cosa? exclamó la florista atónita; ¿casarte á tu edad, cuando apenas tienes veintidos años? y con una jóven sin bienes, y por el contrario hija de una muger llena de deudas, que paga muy mal el alquiler de su casa, y que muchas veces no lo puede pagar....

—Todo eso lo sabia yo; contestó Anatolio con el aire trágico del difunto Mr. Tantin en el *Monasterio abandonado*, melodrama el mejor de su tiempo; pero yo no pido á la señorita de Montaran sino lo que me puede dar.... la virtud, el talento y la belleza.

—¡Precioso dote! exclamó la tia: se puede con él mantener bien una casa.

—Vos hareis lo demás, amable tia, continuó diciendo el sobrino con la seguridad de único heredero, y muy seguro del cariño de su tia; además de que tarde ó temprano seré notario, y os devolveré centuplicados los adelantos que me hicieréis.

—Pero para que seas notario, exclamó Prudencia con acritud, es preciso que yo compre el oficio, y para esto habia contado siempre con el dote de tu muger.

—Pues os habreis equivocado, y á esto se reduce todo, mi angelical tia.... Vendereis la hermosa casa que teneis en la calle de San Martin, y que tan barata comprasteis, gracias á mi principal Mr. Bonami, y con esto tendreis una bicoca menos, y una sobrina mas. ¡Es un negocio escelente!

—¡No! exclamó colérica la florista; no contribuiré á semejante locura.... No consentiré en tu infelicidad, y antes mas bien te desheredaré.

—Haced lo que gustéis, señora, dijo el oficial de notario revistiéndose de la mayor dignidad; vos sois dueña de vuestros bienes.... pero yo lo soy de mi corazon.... De hoy en adelante no teneis ya sobrino.... me hago independiente.... os abandono á vuestros remordimientos.... y á vuestros reumatismos.... Dia llegará tal vez en que sintais haber hecho desgraciado al mas afectuoso heredero; mas entonces será ya tarde, pues si por culpa vuestra me niegan la mano de la que amo, entonces sabreis á lo que arrastra un amor sin esperanza, y podreis leer mi suerte en el cuarto tomo de *Victor ó el hijo del bosque*. Lo mismo me sucederá á mí, punto por punto.

Despues, terminando esta pomposa peroracion con una trágica y espresiva pantomima, tomó su sombrero, se lo caló hasta las cejas, y dejó á su tia conmovida, trémula, y anonadada con semejante desesperacion.

La noche es buen consejero, dice un antiguo proverbio, y el que le dió á la señora Prudencia fue sin duda favorable á los ardientes deseos de su sobrino, porque al dia siguiente, á las siete de la tarde, se hacian en casa de la florista todos los preparativos para vestirse y adornarse ésta del modo mas estravagante que se haya visto. La vieja no habia podido soportar la idea del dolor de Anatolio; el dinero, la razon, todo perdía para ella su fuerza ante esta desoladora imágen; abrió en consecuencia sus brazos al enamorado oficial de notario, y la promesa de ir aquella misma noche á pedir á la marquesa de Montaran la mano de su hijo, puso el sello á la reconciliacion de tia y sobrino.

Hé aquí por qué volvemos á encontrar á la señora Prudencia, adornada la

cabeza con un sombrero piramidal, de raso color de rosa, cuyo inmenso volúmen apenas dejaba percibir sus facciones, y además un ramo de hortensia, flor muy en moda entonces, izado en la cúspide de aquella especie de obelisco. Un vestido color de mahon, con un cinturón que pasaba por debajo de los brazos como los andadores de un niño, y un chal de taftan color de naranja con un fleco formidable, completaban este pasmoso traje. Llena de magestad y dignidad, la señora Prudencia subió los escalones del segundo piso, preparándose para hacer una pomposa entrada, una entrada diplomática en la sala de estrado de la marquesa de Montaran. Blanca estaba trabajando en el taller, sin poderse figurar que se trataba de ella con tanta seriedad en aquel momento; y en cuanto á San Lorenzo y su anciana amiga, reunidos, como de costumbre para su partida de cientos, hacia una hora que se fatigaban en vano por adivinar el sentido de una carta que le acababa de llevar al caballero, á casa de la marquesa, un lacayo con rica librea. La carta decia así:

«Señor caballero:

«Un asunto muy importante, y que interesa en extremo á la señora marquesa de Montaran, me obliga á suplicaros me hagais el honor de recibirme en vuestra casa calle del Paso de la Mula, mañana á mediodía.

«No teneis que dar ninguna respuesta al portador de esta carta: si mañana no estais en casa, me presentaré de nuevo cualquiera otro día.

«Vuestro servidor

«Antonio Daquin.»

Aun no habian vuelto de su sorpresa ambos amigos, perdiéndose en conjeturas sobre la carta y su autor, cuando Mariana anunció á la señora Prudencia.

—Perdonadme, señora marquesa, dijo la florista al entrar, y sentándose con infinitas precauciones, para no estropear su magnífico vestido color de malva, en el sillón que le presentó con galantería el caballero; siento incomodaros en este momento, pero hay circunstancias en la vida, en que el corazón la hace á una indiscreta, y yo me encuentro en una de ellas.

Esto dicho con tono sentimental y penetrante, fue una nueva sorpresa para Mad. de Montaran, porque sus relaciones con la señora Prudencia habian sido hasta entonces poquísimas. Bien penetrada de la honradez de su casa, dejaba ir á ella á su hija con toda confianza, pero el aparato con que se presentaba la florista anunciaba un gran suceso, que la marquesa estaba muy lejos de presumir. Su silencio, así que acabó de hablar la florista, desconcertó cruelmente á ésta. Cediendo á la importunidad de su sobrino, y no viendo desde luego entre su posición y la de la noble dama sino una diferencia, en que la ventaja estaba á su favor con respecto á bienes, habia dado poca importancia á la clase y título de la madre de Blanca; mas así que se vió cara á cara con aquella respetable señora, llena de la dignidad y distinción que dan los hábitos de un mundo elegante y superior, conoció algo tarde el difícil paso en que se habia empeñado. Los pocos bienes, ó por mejor decir, la cuasi miseria de la marquesa, desapareció á los ojos de la tendera, para no dejarle ver mas que á la gran señora, á quien iba á pedir la mano de su hija para su sobrino, oficial segundo de monsieur Bonami, lo cual la puso en los mayores apuros para espresar el objeto de su visita.

Anatolio su sobrino, jóven de grandes esperanzas, no habia podido ver con indiferencia y sin emocion á la señorita Blanca de Montaran. Jóven, vivo, inflamable, como todos los de su edad, habia concebido muy pronto por ella la mas viva y respetuosa pasion; la cual no aprobaba ella ciertamente, se apresuró á decir, mas era muy difícil sosegar una cabeza de veintidos años; y aunque ella rica, muy rica tal vez para una mera comercianta, daria cuanto tenia por poder hacer entrar en razon á su sobrino.... ó por hacerlo feliz; añadió bajando la voz, y como avergonzada de lo que acababa de manifestar.

La marquesa y el caballero no pudieron disimular en sus rostros la sorpresa que les causó esta revelacion, pero sus efectos fueron muy diversos: el caballero se llenó de cólera por lo que en su interior calificaba de insolencia atrevida; y la marquesa, recordando su triste situacion, escusaba, sin aprobarla, la audaz peticion de la florista. Temiendo, segun lo encarnado que se habia puesto San Lorenzo, que no respondiera con desprecio á la tia de Anatolio, se apresuró á tomar la palabra, fingiendo, con esa delicadeza de language que solo conocen las naturalezas privilegiadas, no ver en la declaracion de la señora Prudencia, sino la solicitud de una buena parienta por las penas y disgustos que podian causar á su sobrino sentimientos imprudentes y desgraciados.

—Agradezco infinito la confianza que me haceis, mi querida señora, le dijo, y quiero unir mis esfuerzos á los vuestros para curar al señor Anatolio de una pasion que no le puede acarrear mas que disgustos. Comprendo muy bien lo que quereis de mí; deseais sin duda que aleje de ese pobre jóven á la que causa bien inocentemente su desgracia. Lo haré sin titubear, no obstante lo que siento separar á mi hija de vuestro lado; pero la ausencia es el mejor remedio para estos males, y no cortaré nuestras buenas relaciones de vecindad sin manifestaros toda mi gratitud por lo bien que habeis enseñado á mi querida hija.

La señora Prudencia conoció el astuto lazo que le tendian, y que la marquesa no la queria entender, y exaltándose su orgullo plebeyo, estuvo á pique de revestirse con los estirados atavíos de la clase vulgar, con la mordacidad y confiada elocuencia que dá siempre el dinero ganado á costa de trabajos y fatigas; pero triunfó el buen juicio de la muger. Se puso sumamente amarilla, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, siguió el giro dado por la marquesa al asunto, dándole gracias por el interés que tomaba por su sobrino, sintiendo perder una persona tan amable y una trabajadora tan hábil, cuyas cualidades, gracias y modestia no se descuidó en alabar, y concluyó por último asegurándole que no podia dejar de presentarse tarde ó temprano un partido ventajoso para su hija. Pero queriendo, no obstante, salir de la lucha con los honores de la guerra, y terminarla con una descarga, añadió:

—Tal vez tenemos en la actualidad un pretendiente que podrá acomodar á la señora marquesa.

—¿Quién? preguntó al momento el caballero de San Lorenzo.

—Un hombre millonario, contestó la florista, uno de nuestros mejores parroquianos: Mr. Antonio Daquin.

—¡Antonio Daquin! exclamaron á un tiempo la marquesa y el caballero.

—Por desgracia, continuó diciendo la señora Prudencia, es viejo, achacoso, feo.... y plebeyo.... Pero un millon, añadió con picante ironia al irse, hace cerrar los ojos á muchas cosas.

VI.

Escena cómica.

EL nombre de Antonio Daquin, autor desconocido de aquella carta que tanto preocupaba á la marquesa y al caballero, produjo sobre ambos tal impresion, que el sarcasmo de la florista no les causó ningun efecto. Esta bajó precipitadamente la escalera, olvidando en el paroxismo de su furor los cuidados que debia á su espléndido traje, y desatando con un movimiento febril y violento las cuerdas del cobertizo de raso color de rosa, que le servia de sombrero, cayó casi desmayada sobre una silla de su cuarto, sin poder contestar á su hermoso sobrino que la interrogaba con ansiedad, mas que con estas palabras entrecortadas por la cólera:

—*¡La hija es una bachillera!... ¡y la madre una insolente!*

Dejemos á la florista descargar sobre su heredero el terrible golpe que debia destruir sus esperanzas, y volvamos á casa de la marquesa de Montaran, donde ni ella ni su antiguo amigo, podian desechar su recíproco asombro.

—*¡Qué tiempos!... ¡qué siglo!... esclamaba el caballero. ¡Atreverse una tendera á pensar en una alianza entre ella y los Montaran!... ¡un Mr. Antonio Daquin, algun mercader de la calle de los Lombardos, tal vez.... enriquecido con el aceite y el jabon.... viejo y feo por añadidura, si hemos de creer á esa muger, que se atreve á pretender la mano de la mas noble y mas linda muchacha de París!*

—Es verdad, dijo con calma la marquesa, ¡pero tambien podeis añadir, de la mas pobre!... Con esto se explica todo.

—¿Y qué importa la riqueza? esclamó el caballero, por cierto que seria chistoso ver ingerir en el árbol genealógico de los Montaran, un Daquin, ó un Simonet. Pero así anda hoy todo: las hijas de los mercaderes se casan con los mariscales del imperio.... verdad es que todos son iguales y pueden unirse.

—Sois muy severo, caballero, repuso con dulzura la marquesa, y olvidais que tambien en nuestro tiempo sucedia lo mismo.

—¡Horror! ¡infamia! replicó éste; esa es una de las monstruosidades de nuestra época, una culpable tolerancia de la nobleza. Por lo que á mí hace, los plebeyos siempre han sido plebeyos, y el bautismo que les dábamos nunca los lavó de su pecado original.

Con estas furibundas disposiciones contra los casamientos desiguales fue con las que el caballero de San Lorenzo esperó al dia siguiente al mediodia en su tercer piso de la calle del Paso de la Mula, al imprudente personage que, segun la señora Prudencia, osaba aspirar á la mano de la noble Blanca de Montaran. El sonido de la campanilla de la puerta se confundió con el de la péndula que daba las doce.

Al menos, murmuró el caballero, es puntual. Pero, por vida mia, que nos vamos á reir un poco de las pretensiones de este señor. Verdad es que no somos ricos.... antes bien todo lo contrario.... pero mal haya la fortuna á costa de semejante casamiento.

Estirando en seguida los puños de su camisa, y componiéndose la cruz de San Luis, aguardó á pie firme la entrada de Mr. Antonio Daquin.

—Vivis un poco alto, señor caballero; dijo el buen hombre al entrar y saludando á San Lorenzo con la naturalidad que lo hacia siempre, vuestros tres pisos me han producido el ataque de tos mas violento que he tenido hace un mes; pero no por esto aprecio menos el honor de conocerlos.

T. por D. R. de C.

(Se continuará.)

MODAS.

Si nuestras bellas lectoras, acusándonos de poco galantes, no han llevado á bien el silencio que con ellas hemos guardado por espacio de algunos dias, tengan presente antes de abrumarnos con su deliciosísimo enojo, que la culpa no es nuestra, y sí de la veleidosa deidad á quien tan ciego culto rinden. Hemos esperado uno y otro dia á que las innovaciones de la moda, sancionadas por el buen gusto, nos diesen materia para ocuparnos de asunto tan vital para el bello sexo: pero hemos esperado en vano, y hasta hoy que se ha dignado al fin pronunciar su sibilitico fallo, no hemos podido consagrar nuestra pluma, como nuestro corazon, á las hermosas que se dignan fijar sus ojos, y perfumar con su contacto nuestras líneas.

Las variaciones que se observan en los últimos figurines, son bastante notables. Nos ocuparemos de ellas detallada aunque ligeramente, pues esto bastará á la fácil comprension de nuestras lectoras, á las que aconsejamos perfeccionen con su buen gusto los diferentes trages y adornos, de que pasamos á ocuparnos.

Los trages de calle ó de paseo se componen de un magnífico vestido de terciopelo griego, color verde esmeralda, hechura de *redingotte*, guarnecida la falda por delante con una franja ancha de terciopelo rizado, de idéntico matiz, y que sube en disminucion hasta el talle. El terciopelo exige muy pocos adornos y guarniciones, y por esta razon el talle de este trage va ligeramente plegado, cerrado hasta la garganta, y con las mangas ajustadas: tanto los puños como el escote del cuello, dejan ver unos magníficos encages bordados en *aplicacion*. A este lujoso vestido acompaña una preciosa manteleta de terciopelo negro, bastante larga, de modo que solamente deje ver el vestido como unas tres cuartas: á la manteleta se sobrepone una paletina del género ya indicado, que cubre perfectamente el talle, no pasando mas adelante; los extremos de esta doble manteleta forman un ancho feston, y están guarnecidos con un fleco de seda de una cuarta de ancho, y todo al rededor del feston, franjas de trenquilla, formando un caprichoso bordado. Regularmente no llevan mangas, y si unas aberturas en los costados para introducir los brazos, tambien guarnecidas de trenquillas, pero sin flecos. El sombrero, que forma una parte principal de este trage, es de felpa gris, con sencillos adornos de cinta de raso de colores fuertes en la parte interior. Se sujeta con una cinta ancha de dos colores, formando un lazo, cuyas puntas, como de media vara, ondean sobre el pecho. La parte exterior se adorna con una pluma rizada, tambien de color gris, bastante larga para que cubra toda la copa del sombrero, y caiga naturalmente por los costados. Unos guantes blancos, sujetos con tres botones, completan el trage de calle que acabamos de bosquejar.

El traje de teatro ó de sociedad, es de raso azul Prusia, hechura de peto, cerrado enteramente hasta el cuello, y de mangas ajustadas: desde los hombros hasta el talle lleva tres franjas estrechas de terciopelo negro, que bajan en disminucion: las mangas deberán estar adornadas hácia los puños con dos franjas tambien de terciopelo, y la falda guarnecida todo al rededor con bastante sencillez por doce franjas estrechas de lo mismo, colocadas de dos en dos á la distancia de una cuarta. Este traje requiere para la cabeza un adorno de primorosas blondas, rodeadas con una cinta estrecha de terciopelo azul y dos largas caidas flotantes que descansan un poco mas abajo de los hombros.

Para *negligé* ó traje de mañana, indicaremos un vestido de *moiré*, color oscuro, el talle bajo, bastante plegado, la falda unida y lisa, cerrado hasta la garganta; desde cuyo punto baja una carrera de botones de acero cincelado hasta el extremo de la falda. Las mangas son anchas y están guarnecidas en los hombros y los puños por un galon de terciopelo de color mas subido que el del vestido: este mismo adorno se coloca á los lados de la carrera de botones, y del mismo modo que éstos, baja hasta el extremo de la falda. Este vestido exige, por su sencillez, un camisolin y unos puños lisos de muselina, con una puntilla de encage, sumamente estrecha. Además, una manteleta perfectamente algodonada, sin ninguna clase de adorno, de casimir negro, y una graciosa capota de raso, color de violeta, fruncida, con la guarnicion interior de varios cogidos de encage, y la parte exterior sin ninguna clase de adorno; las cintas con que se sujeta, son de color de rosa seca.

Por último, diremos para concluir, que este año las pieles no son de moda por haberse hecho demasiado vulgares; y por consecuencia, los manguitos y peletinas son de mal gusto, y nuestras primeras elegantes han abandonado aquellos adornos que el año pasado estaban tan admitidos.

Damos, con el mayor placer, cabida en las columnas de nuestro periódico á la siguiente circular, que se nos ha remitido para su insercion.

Panteon de Balmes. = Comision de Valencia. = No hace mucho tiempo que la España oia con admiracion y entusiasmo el nombre esclarecido del presbítero D. Jaime Balmes; y los sábios de Europa contaban entre los genios mas distinguidos de la época actual al respetable escritor, que honraba con sus producciones filosóficas y políticas á nuestra vasta monarquía. Los hombres pensadores de todos los partidos, siquiera fuesen mas ó menos avanzados en sus creencias, respetaban debidamente al pacífico sacerdote, que en medio de nuestros gritos de guerra, y através de los sacudimientos sociales de este último período, pudo llamar la atencion de los bandos beligerantes, y hacer oír sus palabras de paz, de mansedumbre y de convencimiento. La Providencia en sus altos juicios ha privado, sin embargo, á la España de uno de sus hijos mas ilustres, arrebatándole á ese porvenir que se abria brillante al gran filósofo de nuestra edad. Llena, empero, de un noble orgullo su agradecida patria, no ha querido confundir entre el polvo los restos mortales de su hijo, ya que su gloria se trasmirá mas grande á la posteridad; y deseosa de perpetuar su nombre consignándole en un digno monumento, se ha apresurado á

anunciar este hermoso pensamiento á la España toda, para que todos contribuyan, en cuanto sea posible, á la construcción de un panteon, que conserve para siempre las cenizas de nuestro filósofo español. Al efecto ha circulado el ayuntamiento de Vich una invitacion respetuosa á todos los pueblos de la Península, fijando tambien en Madrid una comision especial, presidida por el Excmo. señor marqués de Viluma, á fin de alentar con sus escitaciones á los que, estimando al sábio difunto, honren su memoria con su cooperacion. Valencia entre tantos pueblos ilustrados, no podia dejar de responder á la invitacion de aquella municipalidad, tanto por la gloriosa proteccion que nuestro pais ha dispensado siempre á los sábios, cuanto por el alto concepto que el nombre del gran presbítero ha merecido de toda clase de personas en esta privilegiada capital.

Persuadida, pues, la comision principal de Madrid de que este proyecto encontraria grata acogida en la ilustre ciudad del Cid, se ha dirigido á personas celosas por la gloria de las letras españolas, y en su consecuencia se ha instalado inmediatamente otra comision, compuesta de los individuos que tienen el honor de suscribir.

Tal es, por fin, el objeto de esta comision; y al dirigirse á VV. confia á sus luces, á su amor al pais y á su importancia literaria el éxito de este proyecto, el cual con el apoyo de sus artículos y anuncios obtendrá un resultado mas satisfactorio. Si VV. se dignan prestar á la comision su cooperacion ilustrada y eficaz, habrán, sin duda, contribuido á la realizacion de tan patriótico pensamiento, obligando el profundo reconocimiento de sus atentos SS. SS. Q. S. M. B. — *El marqués de Cáceres.* — *Pedro Aris, canónigo.* — *Vicente Boix, secretario.* — *Señores Redactores de la Revista Edetana.*

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

ALEMANIA. Despues de la incalificable debilidad del gobierno en los sucesos del 18 de Marzo, era de esperar lo que hoy sucede, y aun cuando Federico Guillermo indica la resolucion de obrar con energía, quizá lo ha recordado algo mas tarde de lo que fuera menester.

El desenlace de la crisis es menos fácil de lo que á primera vista aparece. Ante la resistencia pasiva, el rey que cedió á alardes mas activos, no puede hoy emplear el cañon y la bayoneta, y la asamblea, acostumbrada á deliberar, sin traba de ninguna especie, á obrar por el capricho de los clubs no podia resignarse á reconocer en un dia dado que existe en Prusia una autoridad monárquica anterior á la suya.

Era, pues, inevitable la resistencia, resistencia que en un pais donde tuvieran hondas raices el gobierno constitucional, produciria indudablemente un trastorno, que en Prusia, novel en las prácticas parlamentarias, quizá se resolviera pacíficamente, porque esa serie de marchas y contramarchas, de coloquios entre militares y diputados, si alguna impresion causan, no es por cierto dramática ni terrible. Pero una chispa puede provocar el incendio; en las provincias abundan los elementos de trastorno, y si se prolongara la debilidad del gobierno, quizá la guerra civil sea el castigo de su tolerancia, y las víctimas

que caigan le pedirán cuenta de la sangre que pudo ahorrar con un momento de decision y arrojo.

Para que nuestros lectores formen idea del tiempo que en Berlin se pierde en discutir cuando es solo ocasion de obrar, daremos cuenta de una conferencia habida entre el príncipe de Prusia y los delegados de la ciudad, segun lo refiere la *Gaceta de Colonia*:

«El día 14, prévia la vénia del rey, fue recibida la diputacion por el príncipe. Examinó éste el mensaje de los representantes de la ciudad, y declaró que habia conversado con varios jurisconsultos sobre la cuestion pendiente entre la corona y el pueblo, y que no era posible un arreglo con la fraccion de la asamblea.

«Un individuo de la diputacion, el profesor Guesit, trató entonces de esponder al príncipe el punto de vista reivindicado por la asamblea, y su discurso hizo notable impresion en el príncipe, si bien dijo que no estaba convencido. Otro comisionado, dejando á un lado la cuestion de derecho, indicó al príncipe que fuera mediador, y el príncipe contestó, que despues de varias negociaciones para formar nuevo ministerio, el mismo Mr. Grabon habia declarado, que para poner término á la anarquía no habia otro camino que la firmeza, y que el gobierno se hallaba en una posicion falsa despues de su condescendencia.

«Habiendo indicado algunos que quizá peligraria la existencia de la corona, contestó el príncipe, que al menos caeria con honra la dinastía, y terminó asegurando que ninguna concesion seria retirada.»

Rumores de abdicacion del rey en favor del príncipe de Prusia, corrieron el 16 en Berlin. Tambien se hablaba del proyecto de otorgar una constitucion parecida á la de Bélgica. El ascenso al trono del que hoy es príncipe, seria la señal, quizá, de una marcha mas decidida, pero no costaria el rompimiento de hostilidades: los radicales aborrecen al príncipe, porque saben que pronto los pondria á raya.

El general Wrangel ha ocupado todos los caminos de hierro que desembocan en Berlin, para evitar que acudan socorros á los radicales.

Los diputados de las cámaras de *Wutemberg* aprobaron el 16 una proposicion rogando al gobierno que insista con el gobierno central para que haga suya la causa de la asamblea de Berlin, y para que proteja al pueblo prusiano contra el despotismo militar.

En *Sajonia* hay bastante fermentacion. En Halle y en Merseburg hubo barricadas y jarana para estorbar la salida de tropas.

La disposicion de la asamblea de Francfort no es tampoco muy favorable á la causa del orden. En su sesion del 17 dió una especie de voto de censura al ministerio con motivo de los sucesos de Austria, y de resultas Mr. de Schmerling hizo dimision del ministerio.

Ciento cuarenta y dos diputados de Franfort han hecho fijar en las esquinas una proclama al pueblo aleman sobre la muerte de Blum. Esta proclama, escrita dentro de un cuadro negro, concluye con estas palabras: «No olvideis al muerto, y recordad cómo murió, por qué causa murió, y por quién fue asesinado.»

La *Gaceta de Viena* asegura de un modo oficial que solo tres gefes de los insurgentes han sido pasados por las armas, y que cada egecucion ulterior seria puesta en conocimiento del público.

Es falso el rumor propalado por algunos periódicos de que el general Simovich, procedente de Galitcia, ha sido batido por los húngaros.

La artillería austriaca por causa del mal tiempo no va tan aprisa como quisiera para alcanzar á Kossuth, el cual está bloqueado en Pesth.

ITALIA. Los negocios de este pais parecen entrar en un nuevo camino. Los peligros que ofrecia la proximidad de una guerra parecen alejarse cada dia, y ahora se habla de una combinacion que constituiria á la Lombardía y los estados de Venecia en reino independiente, con su ejército italiano, su guardia nacional, y una constitucion asaz lata. El príncipe de Leuchtemberg, hijo de

la primera esposa de Napoleon, es el designado para ceñir la corona de este nuevo reino. La Rusia parece que apoya este proyecto, que por su alianza con el candidato la daría grande influencia en los asuntos del Mediodía. Esto parece confirmarlo el ver que el embajador ruso no se separa del emperador de Austria. Por otra parte las exacciones forzosas del mariscal Radetzki exasperan á los lombardos, que aceptarían con gusto cualquier cambio de señor. La emigración de los milaneses, aunque resignada en la apariencia, se ve amenazada de perecer por la miseria y la desnudez, sin que el Piamonte pueda aliviarles en nada con el peso que voluntariamente se impuso.

La agitación de *Liorna* se ha calmado, sin que Guerazzi, después de haber sido nombrado ministro, haya tratado de cumplir sus pomposas ofertas. Las cámaras de *Toscana* han sido disueltas, y en las nuevas elecciones la mayoría de los electores ha escrito en sus boletines el nombre del gran duque. Por poco que éste lo deseara, sería, sin duda, el único diputado del país. La vida política no ha hecho todavía grandes progresos en Italia, y esto lo prueba la grande indiferencia con que se miran las elecciones. En un distrito de 400 á 500 electores, apenas se reúnen 15 ó 16 votantes. Ultimamente un conductor de correo ha sido elegido por tres distritos á la vez, porque tanto por su amabilidad en las posadas, como por el cuidado que tenía por los viajeros, le han grangeado la voluntad general. Esta elección motivó la duda de si el empleo de conductor de la correspondencia era incompatible con el cargo de diputado. Parece, en efecto, que mientras viajase le sería imposible asistir á las sesiones; empero la cámara dió por válida la elección por una gran mayoría, con la obligación tan solo de poner un suplente y de cobrar un real por legua en lugar de dos, lo que le permitirá conservar su empleo, y al mismo tiempo cierta independencia.

El conde Rossi, embajador que fue del rey de los franceses en la corte de *Roma*, y uno de los que mas promovieron las resoluciones del santo padre en su sistema de gobierno, ha sido herido mortalmente en la garganta al entrar en la cámara de los diputados de Roma. Mr. Rossi habia tomado una parte activa en los acontecimientos de Italia en 1820, por los que se vió obligado á refugiarse en Suiza. Pasó desde allí á París invitado por Mr. Guizot y sus amigos para desempeñar una cátedra de economía política en el colegio de Francia, y otra de derecho constitucional en la escuela de derecho, elevándole después al cargo de decano de la misma, miembro del consejo superior de instruccion pública, y á la dignidad de par de Francia. Hallábase de embajador de Luis Felipe cuando acaeció la revolución de Febrero; y renunciando entonces á su patria adoptiva permaneció en Roma, donde fue últimamente nombrado presidente del consejo de ministros. Afiliado en sus primeros años en la sociedad de los carbonarios, se separó posteriormente de sus consocios, y no sería extraño que esto haya contribuido en gran parte á su trágico fin.

ESPAÑA. *Sevilla*. Ha fallecido en ésta, en olor de santidad, el padre Fagundez, religioso de la reforma de San Pedro de Alcántara, acudiendo el pueblo á la iglesia con fervoroso entusiasmo para tocar los rosarios y estampas en el cuerpo del virtuoso sacerdote, asistiendo una numerosa concurrencia á su entierro, que ha sido presidido por las autoridades. El cuerpo ha sido depositado en la iglesia del convento de su orden.

Valencia. El sábado 25 del pasado Noviembre, á las once de la noche, falleció en esta ciudad el distinguido patricio D. Pedro Perez y Revíñes, á la edad de 73 años: era hijo de la parroquia de San Andrés, la misma en que ha fallecido, y á la que tenemos entendido deja una pintura de las de su numerosa colección, que auxiliado solo de su laboriosidad y buen gusto habia sabido reunir, y la cual, junto con otras muchas preciosidades, le habia grangeado un nombre, puede decirse, en toda Europa. Envaneciase de ello; pero este pequeño defecto, si tal puede llamarse, se le podía pasar en gracia de su amabilidad, buen corazon, y las virtudes que le adornaban, como diremos cuando tra-

ce mos mas adelante su biografía, para lo cual estamos reuniendo los datos y materias conducentes.

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. ¿Qué podremos añadir á lo que sobre el *Atila* se ha dicho? Con gusto hemos oído esta ópera dos veces en la semana pasada, menos el acto cuarto, que tanto por la composicion, como por su egecucion, no inspira el interés que las escenas anteriores. Creemos que el tenor canta el andante de su aria de salida con aire demasiado ligero. No conocemos el que Verdi concibió, pero en su decir estamos como seguros que de otro modo lo habrá escrito, y ciertamente que produciría mucho mejor efecto si le condujera mas pausado y sentido. Quisiéramos que el señor Castells examinase esta indicacion, ya que tan bien desempeña el canto spianatto como el de fuerza y bravura. En el coro de la aurora hay poca unidad, y no mucha exactitud en las entradas; lo que es tanto mas sensible, cuanto que el cuerpo de coristas en general mas de una vez es digno de aplausos. El duo del segundo acto fue estrepitosamente aplaudido, conviniendo el presidente en la repetición del *allegro*, en la que los dos actores no fueron tan felices. Con sobrada inflexibilidad por algunos se quiso hacer sentir un accidente que ningun actor puede evitar, y en momentos que el bajo egecutaba con cierto desembarazo: lo sentimos, porque se le colocó en una situacion difícil, la que, sin embargo, atravesó como no esperábamos. En la segunda representacion, por haberse principiado el cuarteto del tercer acto medio punto mas bajo iba á fracasar, cuando la entrada y entonacion firme y decidida de la señora Cattinari le fijó é hizo marchar no sin resentimiento de su célebre final, que es por cierto un reflejo de uno de los quintetos del *Moisés*, en el que volvió á notarse poco ajuste. Tales lances solo se evitan con ensayos, y no fiando enteramente en el conocimiento que de la ópera se tiene.

Con solo leer el anuncio *El Ingeniero*, ó *la deuda de honor*, inferimos que una comedia con título tan inconexo era un disparate, pero es un completo *mamarracho*. Bailóse en la misma funcion el wals de Alballo, siendo de desear que se eviten ademanes tan pronunciados, como queriendo manifestar cosas que si bien en nuestro idioma tienen un nombre propio, no queremos escribir, y prescindimos de otras acciones osculatorias, que lastiman el decoro cuando en público se egecutan.

El *Edipo*, del señor Martinez de la Rosa, se ha puesto en escena. Mas de una vez los periódicos de esta capital han celebrado su egecucion por el señor Guerra, cuyas actitudes académicas son generalmente bien desempeñadas. La señora Valero se ha portado tan bien como sabe, y el público se ha retirado satisfecho de su general desempeño.

El mismo.

JUNTA DIRECTIVA DEL HOSPITAL GENERAL. — *Comision de fiestas.* — El dia 15 del próximo Diciembre, á las 12 de su mañana, se rematará en pública subasta, habiendo postura competente, el arriendo del teatro cómico de esta capital, que comenzará en Pascua de Resurreccion de 1849, con arreglo al pliego de condiciones que, desde esta fecha, se halla de manifiesto en la secretaria á cargo del infraescrito; cuyo acto tendrá lugar á la puerta de la sala de juntas de este establecimiento.

Valencia 25 de Noviembre de 1848. — *Manuel Calvo.*